

Steven Lee Myers

El nuevo zar

Ascenso y reinado
de Vladímir Putin



El nuevo zar

Steven Lee Myers

Ascenso y reinado de Vladímir Putin

Traducción de Nadia C. Volonté

ediciones península

Título original: *The New Tsar: The Rise and Reign of Vladimir Putin*

Publicado en inglés por Alfred A. Knopf (Estados Unidos),
parte de Random House LLC, Nueva York

© Steven Lee Myers, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Editorial Paidós SAICF: junio de 2017
Primera edición en Península: octubre de 2018

de la traducción del inglés: Nadia C. Volonté, 2017

Iconografía: Grupo Planeta

Mapas al cuidado de Mapping Specialists, Ltd.

Se deja constancia del agradecimiento hacia PublicAffairs, miembro de Perseus Books Group, por la autorización de reproducción de extractos de las obras *First Person: An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President*, de Vladímir Putin y otros: © 2000, Nataliya Guevorkián, Natalia Timakova y Andréi Koléshnikov; y de *Midnight Diaries*, de Boris Nikoláievich Yelstin: © 2000, Boris Yelstin. Reproducidos con la autorización de PublicAffairs, a través de Copyright Clearance Center.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

GAMA - fotocomposición
C.P.I. - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 18.835-2018
ISBN: 978-84-9942-731-7

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1. <i>Homo sovieticus</i>	23
2. Corazón tibio, cabeza fría y manos limpias	39
3. El oficial devoto de un imperio agonizante	53
4. La democracia afronta un invierno de hambre	69

SEGUNDA PARTE

5. Los espías que vienen del frío	87
6. Democracia mal dirigida	105
7. Un camino inesperado al poder	121
8. Nadar dos veces en el mismo río	135
9. <i>Kompromat</i>	151
10. En el retrete	169

TERCERA PARTE

11. Volverse Portugal	191
12. El alma de Putin	217
13. Los dioses dormían en sus cabezas	237
14. <i>Annus horribilis</i>	257
15. El contagio naranja	277
16. Kremlin, S. A.	295
17. Veneno	317
18. El problema de 2008	335

CUARTA PARTE

19. La regencia	357
20. Hombre de acción	373
21. El retorno	393

QUINTA PARTE

22. La restauración	415
23. Solo en el Olimpo	431
24. Putingrado	447
25. Nuestra Rusia	469
Agradecimientos	493
Notas	495
Bibliografía	545
Créditos de las imágenes	555
Índice analítico	557

HOMO SOVIETICUS

Vladímir Spiridónovich Putin se asomó lentamente por entre los cráteres del campo de batalla junto al río Nevá, a unos 48 kilómetros de Leningrado. Las órdenes que traía parecían suicidas. Debía hacer un reconocimiento de las posiciones alemanas y, de ser posible, capturar un «buche»; en la jerga, un soldado para interrogar. Era el 17 de noviembre de 1941,¹ ya hacía un frío penetrante y el degradado ejército de la Unión Soviética ahora luchaba con desesperación por evitar su completa destrucción a manos de la Alemania nazi. Los últimos tanques de reserva en la ciudad habían cruzado el Nevá la semana anterior, y ahora los comandantes de Putin tenían órdenes de abrirse camino entre posiciones fuertemente defendidas por cincuenta y cuatro mil infantes alemanes.² La única opción era obedecer. Él y otro soldado se acercaron a una zorrera en un frente demarcado por trincheras, hendido por proyectiles, manchado de sangre. Un alemán se incorporó de repente, y los tres se sorprendieron. Durante un instante eterno, nada sucedió. El alemán reaccionó primero, le quitó el seguro a una granada y la lanzó. Aterrizó cerca de Putin: mató a su compañero y a él le hirió las piernas con metralla. El soldado alemán escapó, dando por muerto a Putin. «La vida es tan simple, realmente», diría décadas más tarde un hombre que volvió a contar la historia con particular fatalismo.³

Putin, de treinta años entonces, yacía herido en una cabeza de puente sobre la orilla oriental del Nevá. Los comandantes del Ejército Rojo habían dispersado las tropas a lo largo del río con la esperanza de romper el cerco de Leningrado, que había comenzado dos meses antes, cuando los alemanes capturaron Shlisselburg, una antigua fortaleza ubicada en la desembocadura del Nevá, pero los esfuerzos fueron en vano. Los alemanes llevaron a cabo un sitio que duraría 872 días y mataría a un millón de civiles como consecuencia de los bombardeos, la hambruna o la enfermedad. «El Führer ha decidido borrar la ciudad de San Petersburgo de la faz de la Tierra», declaró una orden secreta alemana el 29 de septiembre. No se aceptaría la rendición. El bombardeo por aire y tierra sería el instrumento utilizado para la destrucción de la ciudad, y el hambre sería su cómplice, dado que «alimentar a la población no

puede y no debería recaer en nosotros». ⁴ Nunca en la historia una ciudad moderna había padecido un cerco como ese.

«¿Es esta la última de vuestras derrotas?», fue el telegrama que Iósif Stalin envió, furioso, a los defensores de la ciudad el día posterior al inicio del sitio. «¿Acaso ya tenéis decidido entregar Leningrado?» El telegrama estaba suscrito por toda la dirigencia soviética, incluido Viacheslav Mólotov, que en 1939 había rubricado junto a su homólogo nazi, Joachim von Ribbentrop, el infame pacto de no agresión, ahora traicionado. ⁵ De ningún modo fue la última derrota. La caída de Shlisselburg coincidió con ataques aéreos feroces sobre Leningrado, incluido uno en el que se incendió el principal almacén de alimentos de la ciudad. Las fuerzas soviéticas que defendían la ciudad estaban desorganizadas, al igual que en el resto de toda la Unión Soviética. La Operación Barbarroja, la invasión nazi que comenzó el 22 de junio de 1941, había aplastado a las defensas soviéticas a lo largo de un frente de 1.600 kilómetros, desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Incluso se temió la caída de Moscú.

Stalin nunca consideró entregar Leningrado y despachó al jefe del Estado Mayor, Gueorgi Yúkov, para que apuntalara las defensas de la ciudad, lo cual realizó con gran brutalidad. En la noche del 19 de septiembre, conforme a órdenes de Yúkov, las fuerzas soviéticas montaron el primer asalto a unos 600 metros del otro lado del Nevá para romper el asedio, pero el ataque fue repelido por la arrolladora potencia de fuego alemana. En octubre lo intentaron otra vez enviando a la 86ª División, que incluía a la unidad de Putin, el 330º Regimiento de Rifles. La cabeza de puente que esos soldados lograron crear en la orilla oriental del Nevá pasó a conocerse, debido a su tamaño, como la Nevski Piatachok, nombre derivado de la palabra que significa «cinco kopeks» o «pequeña área». En su parte más extensa, el campo de batalla tenía apenas un kilómetro y medio de ancho y poco más de medio kilómetro de largo. Para los soldados condenados a combatir allí, fue una trampa mortal, brutal y absurda.

Putin era un peón sin educación, uno de los cuatro hijos varones de Spiridon Putin, un cocinero que había trabajado en el afamado hotel Astoria antes de la Revolución. Spiridon, pese a simpatizar con los bolcheviques, huyó de la capital imperial durante la guerra civil y la hambruna que siguieron a la Revolución de octubre de 1917. Se estableció en el pueblo de sus ancestros, Pominovo, en las colinas ondulantes al oeste de Moscú, ciudad a la que se mudó luego y donde cocinó para la viuda de Vladímir Lenin, Nadezda Krúpskaia, en su dacha soviética oficial en el distrito de Gorki, en el límite de Moscú. ⁶ Luego de la muerte de ella en 1939, Spiridon trabajó en el reducito del Comité del Partido Comunista de Moscú. Se decía que había cocinado una vez para Grigori Rasputín en el Astoria y ocasionalmente para Stalin cuando este visitaba a la viuda de Lenin, con lo cual inició una tradición familiar de servidumbre para con la élite política. Su proximidad con el poder

no ayudó en nada a proteger a sus hijos de los nazis: la nación entera luchaba por sobrevivir.

Vladimir Putin ya era un veterano cuando los nazis invadieron la Unión Soviética en junio de 1941. Había prestado servicios como submarinista en la década del treinta antes de establecerse no muy lejos de Leningrado, en el pueblo de Petrodvorets, donde Pedro I de Rusia había construido su palacio sobre el golfo de Finlandia. En los días caóticos que siguieron a la invasión, al igual que muchos ciudadanos, Putin salió enseguida a ofrecerse como voluntario para defender la nación, e inicialmente fue asignado al destacamento de demoliciones especiales del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos o NKVD, la temida agencia de policía secreta que luego se convertiría en el KGB (Comité para la Seguridad del Estado). El NKVD creó 2.222 de estos destacamentos para asediar a los nazis detrás del frente, que en ese momento avanzaba rápidamente.⁷ Una de las primeras misiones de Putin en la guerra fue un desastre. Él y otros veintisiete combatientes partisanos se lanzaron en paracaídas detrás de los alemanes que avanzaban sobre Leningrado, cerca de la ciudad de Kingisepp. El lugar quedaba próximo a la frontera con Estonia, que la Unión Soviética había ocupado el año anterior, junto con Letonia y Lituania, como parte del tristemente célebre pacto de preguerra con Hitler. El destacamento de Putin logró hacer volar un arsenal, según se cuenta, aunque pronto se quedó sin municiones y raciones. Los habitantes locales, estonios, les llevaron alimentos, pero también los delataron a los alemanes, a quienes muchos en las naciones bálticas recibían de buen grado, al menos al principio, como libertadores de la ocupación soviética. Las tropas alemanas cerraron filas sobre la unidad, y les dispararon cuando corrían por la ruta de regreso a las líneas soviéticas. Putin, perseguido por alemanes con perros, se separó y se escondió en un pantano, donde se sumergió y estuvo respirando a través de un junco hasta que la patrulla siguió su camino.⁸ La forma exacta en que logró regresar se perdió en la niebla de la historia, pero solo él y otros tres del destacamento sobrevivieron al ataque. El NKVD lo interrogó tras la fuga, pero él logró disipar toda sospecha de desertión o cobardía y pronto fue enviado de vuelta al frente.⁹ Es posible que fuera únicamente coraje lo que impulsaba a Putin, o quizás fuera miedo. En la Orden n.º 270 de Stalin, expedida el 16 de agosto, se había amenazado con ejecutar a los soldados desertores y arrestar a sus familiares.

Dentro de Leningrado, las condiciones empeoraron muy pronto pese a los esfuerzos realizados por las autoridades para mantener cierta sensación de normalidad. Las escuelas abrieron, como siempre, el 1 de septiembre, pero tres días más tarde aterrizaron en la ciudad los primeros proyectiles alemanes.¹⁰ Completado el bloqueo, y con la ciudad bajo continuo asedio aéreo, las

autoridades intensificaron el racionamiento de los alimentos. Las raciones disminuirían en forma gradual hasta llevar a la desesperanza, la desesperación y, finalmente, la muerte. Mientras Vladímir Putin luchaba fuera de la ciudad, su esposa, María, y su pequeño hijo quedaron atrapados dentro. Vladímir y María, ambos nacidos en 1911, eran hijos del turbulento siglo xx ruso, sacudido por la Primera Guerra Mundial, la Revolución bolchevique y la guerra civil que la siguió. Se conocieron en Pominovo, adonde el padre de él se había mudado después de la Revolución, y se casaron en 1928, cuando tenían apenas diecisiete años. De recién casados, regresaron a vivir a Leníngrado, y se establecieron en Petrodvorets con los parientes de ella en 1932. Luego del servicio militar de Putin en la Armada, tuvieron un hijo llamado Oleg que falleció durante su infancia. Un año antes del comienzo de la guerra tuvieron un segundo hijo, Víktor.

María y Víktor lograron eludir por muy poco la ocupación en los territorios controlados por los nazis. Al principio, ella había rehusado dejar Petrodvorets, pero cuando los alemanes los cercaron, su hermano, Iván Shelomov, la obligó a abandonar la ciudad. Él prestaba servicio como primer capitán en los cuarteles centrales de la Flota del Báltico y, por lo tanto, tenía autoridad militar y los privilegios aún existentes en una ciudad sitiada.¹¹ El capitán Shelomov los rescató «bajo el fuego y las bombas» y los llevó a establecerse en una ciudad de suerte inestable.¹² Las condiciones se volvieron extremas con la llegada del invierno y un frío aún más crudo que el habitual. María y Víktor se mudaron a uno de los muchos refugios que abrieron las autoridades para albergar a los torrentes de refugiados que llegaban desde las afueras ocupadas. Su hermano la ayudó dándole sus propias raciones, pero, aun así, la salud de ella se fue deteriorando. Un día —no se sabe cuándo exactamente— se desmayó, y los transeúntes, dándola por muerta como consecuencia fatal de que su marido hubiera estado en el frente, tendieron su cuerpo junto a los cadáveres congelados que habían comenzado a apilarse en la calle para su recolección. De alguna forma lograron encontrarla en esa morgue a cielo abierto, cuando atrajo la atención con sus quejidos.¹³

La forma en que Vladímir sobrevivió resulta igual de inverosímil. Herido, quedó tendido durante horas junto al Nevá, hasta que otras tropas soviéticas lo encontraron y lo llevaron de vuelta al reducto del regimiento en la orilla. Podría haber muerto —uno más entre los trescientos mil soldados que perdieron su vida en la Piatachok—, pero un antiguo vecino lo encontró en una litera en un precario hospital de campaña. Se colgó a Putin sobre los hombros y lo cargó a través del río congelado hasta un hospital que había al otro lado.

Por cómo se dieron las cosas, la herida de Putin seguramente le salvó la vida. Su unidad, el 330° Regimiento de Rifles, luchó en esa cabeza de puente duran-

te todo el invierno de 1941 a 1942. La batalla, en escala y carnicería, preanunció el terrible asedio de Stalingrado al año siguiente, una «picadora de carne monstruosa», lo llamaron.¹⁴ Las fuerzas allí soportaron bombardeos implacables de los alemanes. La orilla boscosa quedó convertida en un paisaje revuelto y sin vida en el que nada crecería por años. Nuevos reclutas cruzaron el Nevá para reemplazar a aquellos muertos o heridos —a una impactante tasa de cientos al día— hasta la primavera de 1942, cuando la cabeza de puente se desplomó y los alemanes recuperaron el terreno, el 27 de abril. El 330° Regimiento de Rifles fue completamente aniquilado, excepto por un mayor del comando, Aleksandr Sokolov, que logró nadar hasta ponerse a salvo pese a la gravedad de sus heridas.¹⁵ Fue una de las batallas más fatales de toda la guerra y, para el comando militar soviético, una estupidez en la que se desperdiciaron decenas de miles de soldados y que, probablemente, prolongó el asedio en lugar de acortarlo.¹⁶

Putin pasó meses en un hospital militar, convaleciente en una ciudad que moría en torno a él. Para cuando la última ruta de salida de la ciudad hubo sido cortada, tres millones de civiles y soldados permanecían cercados. María, que se negó a partir cuando todavía era posible, finalmente encontró a su esposo en el hospital. Aun yendo contra las reglas, él compartía sus propias raciones del hospital con ella y escondía comida sin que las enfermeras lo vieran, hasta que un médico se dio cuenta e interrumpió por un tiempo las visitas diarias de María.¹⁷ La resiliencia inicial de la ciudad sucumbió a la devastación, la hambruna y cosas peores. Los servicios esenciales se redujeron junto con la provisión de alimentos. Sin recolección, los cadáveres se amontonaban en las calles. En enero y febrero de 1942, más de cien mil personas murieron cada mes.¹⁸ La única conexión con territorios no ocupados era el improvisado Camino de la Vida, una serie de rutas precarias que cruzaban las aguas congeladas del lago de Ládoga. Proporcionaban un alivio mínimo a la ciudad, y el sitio se mantuvo hasta enero de 1943, cuando el ejército soviético se abrió camino a través del cerco hacia el este. Llevó otro año más liberar completamente la ciudad del control nazi y comenzar la incansable e implacable marcha soviética hacia Berlín.

Vladímir y María lograron sobrevivir de alguna forma, a pesar de que a él las heridas le dejaron una cojera dolorosa por el resto de su vida. En abril de 1942, le dieron el alta y lo enviaron a trabajar a una fábrica de armamentos que producía proyectiles de artillería y minas antitanque.¹⁹ Su hijo, Víktor, no sobrevivió. Murió de difteria en junio de 1942, y fue enterrado en una tumba colectiva en el cementerio de Piskariovskoye, junto a otros cuatrocientos setenta mil civiles y soldados. Ni Vladímir ni María supieron dónde exactamente, y es evidente que no se esforzaron mucho en averiguarlo. Tampoco lo discutieron nunca en detalle.²⁰ Los estragos de la guerra fueron devastadoramente personales. La madre de María, Elizaveta Shelomova, falleció en la lí-

nea de fuego al oeste de Moscú en octubre de 1941, aunque nunca se esclareció si fue un proyectil soviético o alemán el que la mató; Iván, el hermano de María, sobrevivió; pero otro hermano, Piotr, fue condenado por un tribunal militar en el frente durante los primeros días de la guerra, evidentemente por alguna negligencia en el cumplimiento del deber, y su suerte última nunca se conoció ni tampoco se mencionó. Dos de los hermanos de Vladímir también fallecieron durante la guerra: Mijaíl, en julio de 1942, también en circunstancias desconocidas para la historia; y Alekséi, en el frente de Vorónez, en febrero de 1943.²¹

Estas fueron las historias acerca de la Gran Guerra Patriótica —relatos de heroísmo y sufrimiento— que el tercer hijo de Vladímir y María crecería escuchando y que dejarían una impresión indeleble en él durante toda su vida. A partir de «algunos retazos, algunos fragmentos» de conversaciones oídas en la mesa de la cocina de un atestado piso comunitario, en una Leningrado todavía devastada, el niño creó su narrativa familiar —remodelada por el tiempo y la memoria—, que podía ser apócrifa en algunos puntos y que ciertamente estaba incompleta. Los Putin eran personas sencillas, y es probable que no conocieran gran cosa sobre los aspectos más oscuros de la guerra: las purgas paranoicas de Stalin en el Gran Terror que habían diezmando el ejército antes de la guerra; la connivencia con los planes de Hitler para conquistar Europa; la partición de Polonia en 1939; la anexión forzada de las naciones bálticas; la defensa caótica frente a la invasión de los nazis; las actividades ilícitas oficiales que contribuyeron a la hambruna en Leningrado; las atrocidades vengativas cometidas por las tropas soviéticas en su marcha hacia Berlín. Incluso entonces, tras la muerte de Stalin en 1953, siguió siendo peligroso hablar mal del Estado, como no fuera en un susurro. La victoria —y el pequeño rol de los Putin en ella— fue una fuente inextinguible de orgullo. ¿Qué otra cosa podía ser? Uno no pensaba en los errores que se cometían, diría el muchacho más adelante: uno pensaba solo en ganar.

Este tercer hijo, Vladímir Vladímirovich Putin,²² nació el 7 de octubre de 1952, en una ciudad todavía marcada por el asedio, que aún sufría privaciones, aún consumida por el miedo. La megalomanía de Stalin, incluso en la victoria, se había hundido en la paranoia y el castigo. A fines de los años cuarenta, la élite de los tiempos de guerra en la ciudad, tanto civil como militar, sucumbió a una purga conocida como «el asunto de Leningrado». Decenas de miembros del partido y sus familiares fueron arrestados, encarcelados, exiliados o ejecutados.²³ Los ciudadanos leales al Estado evitaban hablar —ya fuera por miedo o por complicidad en los crímenes cometidos—, incluso los des-

endientes de un hombre de confianza suficiente como para cocinar ocasionalmente para Stalin. Pocas personas cuyas vidas se cruzaron con la de Stalin, aunque fuese brevemente, «salieron indemnes» —Vladímir Vladímirovich Putin recordaría más tarde: «Pero mi abuelo fue uno de ellos»—.²⁴ No es que se refiriera mucho a esta cuestión. «Mi abuelo callaba bastante acerca de su pasado. Mis padres tampoco hablaban demasiado sobre el pasado. Nadie lo hacía en general, en ese entonces.» El padre de Vladímir era taciturno y severo, atemorizante incluso para las personas que lo conocían bien.²⁵ La experiencia de guerra del padre —la cojera que arrastró toda su vida y que siempre parecía empeorar cuando el clima se volvía frío— claramente dejó una fuerte impresión en su hijo. Tras la guerra, Vladímir padre continuó trabajando en la fábrica Yegórov, en la avenida Prospekt de Moscú, que construía los vagones de pasajeros para los ferrocarriles y metros del país. Miembro del Partido Comunista, se convirtió en el representante del partido en la fábrica, un burócrata comunista de extracción obrera que aseguraba rigor, lealtad, disciplina y, más que nada, cautela.

El empleo le daba derecho a un cuarto individual —16 metros cuadrados— en un decrepito piso comunitario de una quinta planta en lo que había sido un elegante edificio de apartamentos del siglo XIX ubicado en el número 12 de la calle Baskov, no muy lejos de la avenida central de Leningrado, Nevski Prospekt, y el canal Grivoedova. Los Putin se mudaron allí en 1944, y tras la guerra, debieron compartir ese espacio confinado con otras dos familias. Vivirían allí durante más de dos décadas. El piso no tenía agua caliente ni bañera. Un corredor sin ventanas hacía las veces de cocina comunitaria, con un único fogón de gas frente a una pila. El váter estaba en un armario incrustado contra el hueco de la escalera. El apartamento se calentaba con una estufa de leña.

Al igual que su esposo, María tenía una educación limitada. A solo diez días de cumplir cuarenta y un años, nació Vladímir. Luego de tanto sufrimiento y pérdida, trató a su hijo como el milagro que parecía ser.²⁶ Tuvo varios empleos menores, limpiando edificios, lavando tubos de ensayo en un laboratorio y repartiendo pan; todos ellos, trabajos que le dejaban más tiempo para ocuparse del niño. Una pareja mayor habitaba un cuarto del piso compartido; el otro lo habitaba una familia judía practicante con una hija mayor, Hava. El joven Vladímir, el único niño en la vivienda comunitaria, recordaría con afecto a esa pareja mayor, con quien pasaba tanto tiempo como con sus padres. Se convirtieron en abuelos sustitutos, y a ella la llamaba *baba Anya*. Ella, al igual que su madre, profesaba una honda fe religiosa. La Iglesia ortodoxa rusa, censurada por el régimen soviético, tuvo permitido funcionar abiertamente durante la guerra para ayudar a congregar a la nación, aunque luego volvería a ser ferozmente reprimida cuando las armas quedaron en silencio. Como Vladímir contaría más adelante, el 21 de noviembre, cuando

tenía siete semanas de vida, *baba* Anya y María caminaron tres manzanas en el frío invernal hasta la catedral de la Transfiguración, un monumento amarillo del siglo XVIII construido en el estilo neoclásico de muchas iglesias de la ciudad, y allí, secretamente, bautizaron al niño.²⁷

No está claro si mantuvo el bautismo en secreto por miedo a su adusto marido o por miedo a la censura oficial, aunque su hijo sugirió más tarde que posiblemente no había sido tan secreto como ella esperaba. Pocas cosas eran realmente secretas en la Unión Soviética. En ocasiones, ella lo llevaba consigo a los servicios religiosos, pero mantuvo el apartamento, con su falta de privacidad, despojado de iconos u otros signos externos de su práctica.²⁸ Es obvio que tampoco discutió su credo con él entonces, o, por lo menos, no en profundidad. No fue hasta cuarenta años después cuando María le entregó su cruz bautismal y le pidió que la hiciera bendecir en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén en su primera visita a Israel. Sin embargo, la fe oscilaba en el trasfondo de la vida del niño, junto con el compromiso paterno con la ortodoxia laica del comunismo. El niño no demostraba preferencia por ninguna, aunque otros que lo conocieron afirmarían años más tarde que su relación con los vecinos judíos le infundió una tolerancia ecuménica inusual y un desdén por el antisemitismo que ha afligido a la cultura rusa desde largo tiempo.²⁹

El edificio de la calle Baskov fue el universo de la infancia de Vladímir Putin. Los emblemas bañados en oro de la Rusia zarista —el Hermitage, el Almirantazgo, la catedral de San Pedro y San Pablo— estaban cerca, pero eran poco más que monumentos distantes en el paisaje urbano. Él era un vástago del proletariado, no de la élite política o los intelectuales soviéticos; solo después, en retrospectiva, tomaría conciencia de las carencias de su infancia. Las escaleras al quinto piso estaban marcadas de agujeros y eran fétidas y penumbrosas: olían a sudor y a col hervida. El edificio estaba plagado de ratas, que él y sus amigos perseguían con palos. Pasaba por un juego, hasta la vez que arrinconó a una de ellas al final del pasillo. «De repente, empecé a dar coletazos por todos lados y se lanzó contra mí —recordó luego—. Me sorprendí y me asusté.»³⁰

Siempre fue un niño menudo. Uno de sus primeros recuerdos en los que se atrevió a salir del claustro de su infancia ocurrió el Día de la Victoria de 1959 o, quizás, de 1960. Estaba aterrorizado ante el bullicio de «la gran esquina» de la calle Mayakóvskaya. Algunos años después, él y sus amigos tomaron un tren de cercanías a una parte desconocida de la ciudad en busca de aventuras. Hacía frío y no tenían nada para comer, y, aunque encendieron un fuego para calentarse, regresaron abatidos, y Putin padre lo castigó con el cinturón.

El edificio de apartamentos encerraba un patio interior que se conectaba con el del edificio vecino y formaba un espacio sin árboles ni mantenimiento, poco mejor que un patio de luces interno. El patio atraía a borrachos y vagabundos que fumaban, bebían y dejaban pasar la vida. Según su propia versión

y la de sus amigos, la vida en ese patio, y luego en la escuela, lo volvió rudo, un matón, rápido para defenderse de desaires y amenazas; sin embargo, dado su tamaño, es más probable que él fuera el blanco de los bravucones. Sus padres se desvivían por él y, cuando era chico, rehusaban dejarlo salir del patio sin permiso. Creció dentro del abrazo sobreprotector, si no abiertamente cariñoso, de sus padres, que habían sobrevivido por milagro y que lo harían todo por asegurarse de que su hijo también sobreviviera. «No había besos», recuerda Vera Gurévich, una maestra de escuela que se volvió cercana a la familia. «No había gestos sentimentales de ese tipo en su casa.»³¹

El 1 de septiembre de 1960, Vladímir comenzó a asistir a la Escuela n.º 193, ubicada a una corta caminata sobre la misma calle en la que vivían. Ya tenía casi ocho años, pero María no lo había enviado a preescolar, quizás por su excesivo cuidado. El niño carecía de la adaptación social que habría desarrollado si hubiera crecido rodeado de niños. Se presentó el primer día sin flores para la maestra, según dictaba la costumbre, pero con una planta en una maceta.³² En la escuela, era un estudiante indiferente, petulante e impulsivo, probablemente un poco malcriado. Vera Gurévich lo llamaba «trompo» porque ingresaba en el aula dando vueltas en círculo. Su comportamiento era muy disruptivo, dentro y fuera de la clase,³³ con inclinación a juntarse con niños que ella consideraba una mala influencia, incluidos dos hermanos mayores que él, llamados Kovshov. Una vez lo sorprendieron en la escuela con un cuchillo, y otra lo reprendió por delincuencia un comité vecinal del partido, que amenazó con enviarlo a un orfanato.³⁴ Inicialmente, su comportamiento lo alejó del Movimiento de Pioneros, la organización infantil del Partido Comunista cuya pertenencia suponía un rito de iniciación: para cuando llegó a tercero, era uno de los pocos entre sus cuarenta y cinco compañeros que no se habían unido. Es imposible que su padre, como delegado del partido, no se sintiera consternado ante un fracaso tan ostensible, algo que Vladímir más adelante describió como una rebelión contra él y el sistema que lo circundaba. «Yo era un vándalo, no un pionero», dijo.³⁵ Vera Gurévich, que lo conoció en cuarto, llegaría a quejarse al padre diciendo que el niño era inteligente, pero desorganizado y apático.

«No está trabajando a su máximo potencial», le dijo a Vladímir padre en el piso de la calle Baskov, que ella describió como horrendo, «muy frío, sencillamente horrible».

«¿Y yo qué puedo hacer? —respondió Vladímir Spiridónovich—. ¿Matarlo? ¿O qué?»³⁶

Sin embargo, Vladímir y María le prometieron a Gurévich que le acortarían las riendas. El padre lo presionó para que comenzara boxeo, aunque el chico, tan menudo, abandonó pronto cuando, según dijo, un puñetazo le

rompió la nariz. Entonces se interesó por las artes marciales, aparentemente en contra de los deseos de sus padres, y empezó a practicar sambo, un estilo soviético que combinaba judo y lucha libre, y que se adecuaba mejor a su estatura diminuta y «naturaleza pendenciera». ³⁷ Uno de sus entrenadores fue de una influencia decisiva en su vida. Anatoli Rajlin trabajaba en el club Trud (o del Trabajo), no muy lejos de la calle Baskov, y en 1965 Putin, ya en su quinto curso, se inscribió allí. Rajlin tuvo que tranquilizar a los padres de Vladímir diciendo: «No enseñamos nada malo a los chicos». ³⁸ La disciplina y el rigor del sambo y, luego, del judo intrigaron al niño en una forma distinta a todo lo anterior. Las artes marciales transformaron su vida al ofrecerle los medios para reafirmarse frente a niños más grandes o rudos. «Fue una herramienta para reafirmarme entre la manada», diría. ³⁹ También le reportó un nuevo círculo de amigos —en especial, dos hermanos: Arkadi y Boris Rotenberg— que no lo abandonarían nunca durante toda su vida. Las artes marciales le brindaron una ortodoxia que no encontró ni en la religión ni en la política. Para él, se trataba más que de un mero deporte: era una filosofía. «Fue el deporte lo que me sacó de las calles —recordó una vez—. Sinceramente, el patio no era un ambiente muy bueno para un niño.» ⁴⁰

Quizás esto dé cuenta de gran parte de su transformación. Sus declaraciones en cuanto a haber vivido la vida de la jungla sonaban más bien a bravuconada. La mugre del patio y sus rebajados ocupantes podían haberle intrigado alguna vez, pero también le inculcaron un desdén por la bebida y el tabaco, por la pereza y el desorden. Sin embargo, una vez que descubrió su pasión por las artes marciales, mostró una determinación de acero por triunfar. Puesto que el Trud exigía notas dignas para la admisión, se esmeró más en la escuela y, al llegar a sexto, sus calificaciones habían mejorado. Vera Gurévich y sus compañeros decidieron incorporarlo a los Pioneros, apelando tardíamente al representante de la escuela para que hiciera una excepción respecto de sus faltas anteriores. Su ceremonia de iniciación se llevó a cabo en Uliánovka, un pueblo rústico anteriormente conocido como Sablino, donde la hermana de Lenin había vivido una vez. ⁴¹ Al cabo de unas semanas, Putin se convirtió en el líder de la rama de Pioneros de su escuela, su primera posición de liderazgo. Ya en su octavo curso, estaba entre los primeros elegidos para unirse al Komsomol, la organización juvenil del Partido Comunista. Fue un peldaño necesario hacia lo que, pronto descubrió, era la vocación de su vida.

En 1965, el vigésimo aniversario de la victoria contra los nazis llegó en medio de una nueva ola de nostalgia y celebración oficial. Una de las novelas más populares de la década fue un relato de espionaje, *El escudo y la espada*. Apareció por primera vez por entregas en una revista literaria, *Znamia*, o *Banner*, el órgano del Sindicato de Escritores. Su autor, Vadim Koyévnikov, prestó

servicios como corresponsal de guerra para *Pravda*, y su experiencia le aportó al relato una parte de realidad, si bien se ajustaba obedientemente a la narrativa de la propaganda soviética. (Koyévníkov, como dirigente del Sindicato de Escritores, estuvo involucrado en la prohibición de una versión mucho más realista de la guerra, *Vida y destino*, de Vasili Grossman.) El héroe de la novela, el mayor Aleksandr Belov, era un agente secreto soviético que se hacía pasar por alemán en la Alemania nazi justo antes del inicio de la Gran Guerra Patriótica. Con el alias de Johann Weiss, asciende en el escalafón de la Abwehr, la organización de inteligencia militar nazi, y, luego, en el de la Schutzstaffel o SS. Weiss es valeroso en la batalla, estoico e implacable, incluso bajo tortura. Lo indignan los nazis, a quienes debe hacer ver que sirve; lo indigna el nazi que debe aparentar ser, pero se obliga a soportar la experiencia a fin de sabotear el esfuerzo bélico alemán. «Weiss nunca había imaginado que la parte más difícil y tortuosa de la misión escogida sería esa división de su propia conciencia —escribió Koyévníkov—. Al comienzo, incluso se había sentido atraído por ese juego de meterse en la piel de otra persona y crear sus pensamientos, y luego complacerse cuando coincidían con lo que otras personas esperaban de su personalidad impostada.»⁴²

Ciertamente, no era Tolstói. A los ojos de un chico impresionable, era mucho mucho mejor. Tres años después de su publicación, el libro fue llevado al cine con una película de más de cinco horas, con guion acreditado a Koyévníkov. Fue la película más vista en la Unión Soviética en 1968, un homenaje en blanco y negro al servicio secreto, aquello que ahora era el KGB. Vladímir Putin, entonces de casi dieciséis años, quedó hechizado. Él y sus amigos vieron la película varias veces. Más de cuarenta años después, aún podía recordar la letra de la sentimental canción principal de la película, *Donde comienza la patria*, evocadora de pájaros y abedules del corazón de Rusia.⁴³ Vladímir pronto abandonó sus sueños infantiles de ser navegante, como había sido su padre, o incluso los de ser piloto. Se convertiría en espía, y se imaginaba a sí mismo como el futuro mayor Belov y Johann Weiss a la vez: apuesto, esbelto y empoderado por propia cuenta para cambiar la historia. «Lo que más me admiraba era cómo los esfuerzos de un solo hombre podían lograr más que ejércitos enteros —recordó años después con la misma apreciación romántica que había tenido en su juventud—. Un espía podía decidir el destino de miles de personas.»⁴⁴

Sabía poco del KGB o de su funcionamiento interno por aquel entonces. El padre de uno de sus compañeros había prestado servicios en inteligencia, pero ya se había retirado. El estreno de la película fue parte de los intentos de modernización del nuevo director del KGB, Yuri Andrópov, que asumió el cargo en 1967. Andrópov tenía la intención de reinventar la imagen de la agencia, proyectándola no como una temida fuerza de policía secreta responsable de actos de represión y terror, sino más bien como la defensora de la

gran nación soviética. Al menos en el caso de Vladímir, la propaganda logró su cometido: puede que el deporte lo hubiese sacado de las calles, pero la película sirvió de inspiración para su carrera. El día después de ver el primer episodio, le dijo a un compañero de escuela que iba a ser espía,⁴⁵ y al poco tiempo, según su propio relato, hizo algo ingenuo y audaz. Ingresó sin previo aviso en el cuartel general del KGB en la avenida Liteini, no muy lejos de su piso, y se ofreció como voluntario.

El cuartel general del KGB en Leningrado era conocido como «la Gran Casa», y no solo debido a su tamaño. Una broma sarcástica circulaba acerca de su enormidad, con variaciones en muchas ciudades soviéticas: desde la catedral de San Isaac, es posible ver todo Leningrado; desde la Gran Casa, es posible ver todo el camino hasta las islas Solovetsky (el archipiélago en el mar Blanco, a cientos de kilómetros hacia el norte, que albergaba un infame precursor de los campos de trabajos forzados del Gulag). Vladímir hizo tres intentos hasta encontrar la entrada correcta a la Gran Casa y a un oficial que lo recibiera. El oficial complació al chico, pero le dijo claramente que el KGB no aceptaba voluntarios. En cambio, buscaba a los que consideraba dignos, aquellos que ya estaban en el ejército o en la universidad. Vladímir insistió. Quería saber qué carrera sería más útil para su nueva ambición. El oficial, al parecer con ganas de deshacerse de él, le sugirió la Facultad de Derecho, y eso resolvió la cuestión. Iría a la universidad y estudiaría Derecho, contra los deseos de sus padres, que consideraban sus notas y temperamento más adecuados para una escuela técnica, como la Academia de Aviación Civil, a la que en un principio él había aspirado a ingresar. Pero Vladímir podía ser impulsivo y tenaz. Sus padres y sus entrenadores estaban desconcertados ante su nuevo objetivo, ya que no les había contado acerca de su visita a la Gran Casa ni, por lo tanto, el motivo real por el que quería asistir a la Facultad de Derecho. Un entrenador en el Trud lo regañó cuando supo de su elección, suponiendo que esta lo convertiría en un fiscal o un oficial de policía. Un Vladímir furioso exclamó: «¡No voy a ser policía!».⁴⁶

Su decisión de unirse al KGB llegó en medio del tumulto internacional de 1968. Apenas unos días antes de que comenzara la escuela secundaria en Leningrado, la Unión Soviética invadió Checoslovaquia para impedir las reformas de la Primavera de Praga. Vladímir no pareció preocuparse por las severas medidas que se aplicaron contra el disenso, ni en su país ni en el exterior. Como muchos, coqueteaba con la cultura prohibida de Occidente y escuchaba The Beatles en grabaciones que los amigos se pasaban como contrabando. «La música era como una bocanada de aire fresco —diría más adelante—, como una ventana al mundo exterior.»⁴⁷ Vladímir tocó el acordeón durante un tiempo y, más tarde, con una guitarra que le regaló su padre, aprendió las canciones

folclóricas de Vladímir Vysotski y otros bardos de la época. Si bien los últimos años de la década de 1960 en la Unión Soviética se veían como una época de represión y estancamiento, los años de adolescencia de Vladímir fueron mucho más despreocupados de lo que podía haber experimentado alguna vez la generación de sus padres. Los Putin no eran parte de la élite mimada, pero el nivel de vida había mejorado tras la guerra y la familia también llegó a tener un pasar más holgado. Vladímir y María incluso poseían un teléfono grande y negro en su piso, lo cual todavía era una rareza, y Vladímir y sus amigos hacían llamadas desde allí.⁴⁸ Para entonces, la familia era lo bastante solvente para comprar una dacha de tres habitaciones en Tosno, un pequeño pueblo en las afueras de Leningrado, donde Vladímir pasó muchos de sus años de adolescencia con un grupo íntimo de amigos, fuera del ambiente claustrofóbico del apartamento comunitario. En la pared, sobre una mesa en la dacha, colgaba un retrato impreso que un amigo, Víktor Borisenko, no reconoció. Cuando preguntó al respecto, Vladímir explicó que se trataba de Jan Kírovich Berzin, un fundador de la rama de inteligencia militar bolchevique. Había sido arrestado en el Gran Terror de 1937 y ejecutado un año después, pero póstumamente había sido restituido.⁴⁹

Vladímir asistió a la secundaria en la Escuela n.º 281, una academia científica especializada y selecta, concebida con el propósito de preparar a los estudiantes para la universidad. Él no era un alumno muy popular, sino más bien intrépido, obsesionado con los deportes y estudioso al extremo.⁵⁰ Si bien una formación en ciencias podría haberle garantizado un lugar en una universidad técnica prestigiosa, prosiguió estudios de humanidades, literatura e historia. También continuó con sus clases de alemán, que había comenzado a aprender en cuarto con el estímulo de Vera Gurévich. Esta vez, su maestra era Mina Yúbitskaia, quien lo describiría como un estudiante discreto, aunque serio. Ella tendría una profunda influencia sobre él, que la recordaría décadas después con afecto sentimental.⁵¹ La Escuela n.º 281 toleraba, dentro de los límites, la apertura y el debate intelectual. Un maestro bastante popular, Mijaíl Demenkov, distribuía textos *samizdat*, la literatura prohibida que circulaba en calcos en papel carbón. Una maestra de Historia, Tamara Stelmajova, planteaba debates acerca de si acaso Nikita Jrushchov no había cumplido, en definitiva, su promesa de construir un Estado auténticamente comunista en un plazo de veinte años.⁵²

Aunque se unió al Komsomol en 1967, Vladímir rara vez participaba en sus actividades, y se dedicaba en cambio a los deportes y a los deberes escolares, excluyendo otras preocupaciones adolescentes. Vera Brileva, una joven dos años menor, lo recordaba encorvado sobre su escritorio, ubicado en la sala de estar comunitaria, junto a un sofá y una cómoda. Ella lo conoció en la dacha de Tosno en 1969 y quedó embelesada. Recordaba un beso breve durante una partida del «juego de la botella» —«Sentí tanto calor de repente»—, pero

pronto descubrió que él tenía poco tiempo para las chicas, algo que incluso notó su maestra.⁵³ El cortejo juvenil entre ellos concluyó cuando, un día, ella lo interrumpió mientras él estudiaba en el piso para preguntarle si recordaba esto o aquello. No llegó a terminar la frase que él la cortó en seco. «Solo recuerdo las cosas que necesito recordar», le replicó.⁵⁴ Entrevistada muchos años después, rememoró sus «manos fuertes y pequeñas», y parecía melancólica respecto del desplante.

Semejante rigurosidad rindió sus frutos. En sus dos últimos años de escuela secundaria —la educación soviética constaba de solo diez años— obtuvo notas buenas, aunque no particularmente notables. Le fue bien en historia y alemán, y no tanto en matemáticas y ciencia. Durante el último curso, se dedicó menos a los deberes que a empollar para los exámenes de admisión que podían asegurarle un codiciado lugar en la Universidad Estatal de Leningrado, una de las más prestigiosas de la Unión Soviética. Vera Gurévich expresó sus dudas sobre que pudiera ingresar, y nunca supo la verdadera razón por la que él quería hacerlo. «De eso me ocupo yo», le contestó él.⁵⁵ Las probabilidades de entrar en la Estatal de Leningrado eran tan pocas, pues solo se admitía a un aspirante entre cuarenta, que ha habido especulaciones respecto de si fue aceptado debido a sus raíces obreras o, incluso, sorprendentemente, por la mano silenciosa del KGB, que acaso guiaba con sigilo su carrera sin que ni siquiera él lo supiera.⁵⁶ De todos modos, sus notas en los exámenes fueron bastante buenas, y fue admitido en la Facultad de Derecho de la universidad en el otoño de 1970, tal como sugiriera el oficial del KGB dos años antes.

Como alumno universitario, continuó estudiando con rigor y dedicaba gran parte de su tiempo a las competencias de judo, con lo cual renunció al tabaco y el alcohol a fin de mantenerse en forma. Rechazó ofertas para unirse al equipo de judo de la Universidad de Leningrado y se mantuvo leal a sus entrenadores en el Trud. Llegó a ser profesor de ese deporte en 1973, y compitió en varios campeonatos regionales y locales. Aún vivía en el piso comunitario, pero viajaba por toda la Unión Soviética. Asistió a competencias de judo en sitios tan lejanos como Moldavia; un verano cortó leña en Komi, en el norte; y pasó dos semanas en un campamento de construcción estudiantil en Abjasia, entonces una región de la república soviética de Georgia. Ganaba 800 rublos (casi 600 dólares) en aquel tiempo, con lo que se compró un abrigo que usaría durante los siguientes quince años y despilfarró el resto en Gagra, un paraje turístico en la costa boscosa del mar Negro.⁵⁷ Él y sus amigos lograron colarse en un ferri que se dirigía a Odesa, con poco dinero y solo carne enlatada para comer. Durante dos noches durmió en un bote salvavidas, enviando a los pasajeros con camarotes, pero también cautivado por el cielo nocturno. «Las estrellas parecían estar colgadas —recordó—. Los navegantes deben de estar acostumbrados a eso, pero para mí fue un descubrimiento maravilloso.»⁵⁸

En 1972, su madre ganó un coche tras comprar un billete de lotería de 30 kopeks. Podía haber vendido el automóvil por 3.500 rublos, pero fue benévola y se lo dejó a su hijo. Aunque era un Zaporoyets pequeño y cuadrado, relativamente pocos adultos —ni hablar de estudiantes universitarios— tenían sus propios coches en la Unión Soviética de la década de 1970. Para Vladímir, fue un símbolo de estatus y una nueva diversión. Conducía a todos lados, a sus competiciones, y acercaba en coche a sus amigos solo por el placer de conducir. También era un conductor salvaje y temerario. Una vez golpeó a un hombre que se tambaleaba en la carretera, aunque adujo que el hombre intentaba suicidarse. Algunas versiones sostienen que incluso persiguió al hombre cuando este se retiraba dando tumbos, pero Vladímir lo desmintió. «No soy una bestia», insistió.⁵⁹

Había pasado cuatro años en la facultad cuando se le acercó un hombre misterioso que, como supo después, prestaba servicios en la división del KGB que supervisaba las universidades. Para entonces, casi había abandonado por completo sus ambiciones adolescentes. Un verano, hizo prácticas en la división de delitos del Ministerio de Transporte local, donde participó en la investigación de un accidente aéreo, y parecía destinado a convertirse en un oficial a las órdenes del fiscal de la ciudad, como le había advertido su entrenador. El derecho lo atraía igual que lo habían atraído las artes marciales. Le imponía reglas y orden, que llegó a respetar más que cualquier ideología. Dijo no haber trabajado nunca para el KGB —ni siquiera haber oído de su existencia— siendo estudiante, aunque la colaboración con los servicios secretos era frecuente entre universitarios. En consecuencia, cuando el reclutamiento que él tanto había anhelado finalmente llegó en 1974, durante su cuarto curso, lo hizo, según dijo, como una sorpresa. Aquel hombre nunca se presentó con su nombre, en realidad. «Debo hablarte acerca de tu asignación de carrera», le dijo a Vladímir por teléfono, rehusando hablar en detalle. De todos modos, Vladímir percibió la importancia del encuentro y acordó entrevistarse con él más tarde en el vestíbulo de la universidad. Tras llegar puntual y esperar veinte minutos, enojado, dio por sentado que quizás había sido víctima de una broma. El hombre apareció, sin aliento, y se disculpó, algo que impresionó fuertemente al joven.⁶⁰

Vladímir fue sometido a un control de antecedentes exhaustivo. Un último paso consistía en una entrevista con su padre y, en enero de 1975, un oficial de mediana edad llamado Dmitri Gantserov visitó a Vladímir Spiridónovich. Putin padre no era muy alto, pensó Gantserov; era un hombre trabajador, honesto y sencillo que estaba orgulloso de que su hijo hubiese ido a la universidad y que ahora fuese considerado para los servicios de seguridad. Comprendía la responsabilidad y la dificultad de las tareas que tendría por delante su hijo. En un momento, el padre habló seriamente, casi en forma suplicante, al extraño. «Volodia lo es todo para nosotros», le dijo, utilizando el diminutivo del nom-

bre de su hijo. «Y todas nuestras esperanzas están puestas únicamente en él. Después de todo, usted sabe, dos de nuestros hijos murieron. Pasada la guerra, decidimos tener un hijo. Ahora vivimos solo la vida de Volodia. Nosotros ya vivimos la nuestra.»⁶¹

Si bien su Volodia debía de ser consciente de lo que hacía el KGB, al joven no le preocupaba la historia de esa institución ni su función de control de los enemigos del Estado, ya fuese en el país o en el exterior. Al contrario, consideraba que era el deber de un buen ciudadano soviético cooperar con el KGB: no por dinero, sino por la seguridad del Estado. «La cooperación de los ciudadanos de a pie era una herramienta importante para la viabilidad de la actividad del Estado», dijo.⁶² Entendía que podía haber habido excesos, pero el culto a la personalidad en torno a Stalin había sido desmantelado poco después de su nacimiento, y las víctimas del Terror habían sido liberadas gradualmente del gulag. Por lo demás, no pensaba demasiado en ello. En lo que a él concernía, los crímenes del pasado en los que se había matado o llevado a la ruina a millones de personas eran historia antigua, y él no era diferente, en ese sentido, a los demás. Para muchos rusos, incluso los que habían sufrido bajo su tiranía, Stalin seguía siendo el padre reverenciado de la nación que había conducido al país hacia la victoria contra los nazis; los ángulos más oscuros de su Gobierno fueron elididos, ya fuese por miedo, complicidad o culpa, lo cual dejó un legado contradictorio que dominaría la sociedad soviética durante décadas. Como recordó más adelante, él mismo era «un muy logrado producto de la educación patriótica que se impartía al hombre soviético».⁶³